

BEN OKRI

Traducción de Federico Patán

Ben Okri. Nace en Minna, al norte de Nigeria, el año 1959. Por razones familiares, vivió en Londres hasta 1968, año en que vuelve a su país. Estudió literatura comparada en la Universidad de Essex (Inglaterra), gracias a una beca gubernamental. Por un año, de 1984 a 1985, fue locutor para la BBC World Service, en un programa llamado *Network Africa*, así como editor de poesía en la revista *West Africa*. En 1987 lo nombraron Fellow of the Royal Society of Literature. Su primera novela fue *Flowers and Shadows* (1980), habiendo escrito la segunda (*The Landscapes Within*, 1982) siendo aún estudiante. A partir de allí, se fue ganando el respeto de la crítica literaria, la que percibe en la obra de Okri una preocupación por entender un mundo que combina el misticismo africano con la modernidad. Otras de sus obras son *The Famished Road* (1991), novela con la que obtuvo el prestigioso Booker Prize, *Songs of Enchantment* (1993) e *Infinite Riches* (1996, premio Palmi en el año 2000), que componen una trilogía dedicada a un niño llamado Azaro. La novela *In Arcadia* (2002) es una de sus publicaciones más recientes.

Cuando Agodi despertó por la mañana, parecía que el espíritu seguía con él. Por la ventana entraban rayos de sol que jugaban en su cara. El primer destello de luz que vio al abrir los ojos lo hizo pensar en la ceguera de Saúl. Recordó que debía rezar.

Hincado junto a la cama en su cuarto individual, rezó sintiendo lo rancio de su boca pero sin la pasión que le era usual. Se sentía robado de público. Su esposa había ido al mercado, donde vendía garri. Sus dos hijos estaban en la escuela. Cuando hubo terminado su oración, se abrió camino entre el desorden de sacos vacíos y ennegrecidos utensilios de cocina y se sirvió una taza de agua del recipiente de barro. Se lavó la boca asomado a la ventana mientras pensaba en su crisis financiera. Escupió un buche de agua hacia la calle y el agua cayó sobre una muchacha que acababa de apartarse de la multitud. La chica se detuvo y de inmediato comenzó a insultarlo. Tenía los labios pintados de rojo y llevaba aretes rojos. Los zapatos de tacón alto hacían que sus piernas parecieran muy delgadas. Agodi gesticuló una disculpa que no pacificó a la muchacha.

—Que Dios te aplaste la cabeza —le gritó.

—¿A quién? ¿A mí?

—¡Sí, a ti, a tu desgraciada persona! —dijo, relajándose en una impenetrable postura de burla—. A ti te hablo, que le escupes agua a la gente. Eres un chivo y no un hombre. Eres un idiota desvergonzado sin más quehacer que escupirle agua a la gente. Te morirás escupiendo.

Con benevolencia, Agodi dijo: “¿Y es por una babosada así que gritas? Si tienes tantos problemas, rezaré por ti...”

Interrumpiéndolo, la muchacha dijo: “¡Ruega por tu infame persona! No te culpo. Culpo a tu madre por permitirle a tu padre tocarla.”

Agodi estaba a la mitad de su invocación en bien de la muchacha cuando escuchó la referencia a su padre. Tartamudeó. Luego, grito estruendosamente: “*Que el diablo te tape el culo.*”

Y se lanzó escaleras abajo en su busca.

Había corrido un tramo de escaleras cuando se dio cuenta que sólo se tapaba con una manta. Se detuvo. Comenzó a regresar. Pero la combinación de luz solar sobre la sucia escalera y la magnitud del insulto despertó en él una peculiar humildad. Decidió predicarle a la muchacha; nunca se sabe cuándo se dará una conversión. Descendió el tramo de escaleras faltante e irrumpió en la calle. Sobresaltado por los golpes de música que brotaban de las tiendas de discos, pronto se vio envuelto en la turbulenta multitud.

Buscó a la muchacha y la vio a cierta distancia calle arriba. Con gestos furiosos lo insultó. Corrió tras ella, gritando: “¡A ti, muchacha, hoy te llama el mundo de Dios! Acepto el sacrificio de tu vida pecaminosa. Insultaste a mi padre, ruego por tu madre. ¿Por qué corres? La palabra de Dios te llama y tú corres.”

La multitud le abrió camino. La chica huía ya a toda velocidad; corría torpemente sobre sus altos tacones. Agodi la seguía enfurecido. Voces en la multitud preguntaban si era

su esposa huyendo de sus deseos insanos o si era una prostituta que lo había infectado de gonorrea. Agodi no hizo caso de las voces. Ansioso de no perder de vista a la muchacha, dio un empujón a un hombre que caminaba como un pato monstruoso. Los dedos de Agodi pronto quedaron atrapados en la manga de la *aghada* del hombre.

—¿Está loco? —preguntó el hombre mientras con el pie le metía una zancadilla a Agodi. Agodi cayó, se levantó con trabajos y se vio frente a un hombre de baja estatura cuyo rostro estaba iluminado por una expansiva sonrisa de loco. El hombre parecía un enano anormalmente desarrollado. Recogió los pliegues de su *aghada* sobre el hombro y Agodi vio sus brillantes músculos y las venas que sobresalían por sus cortos brazos.

—¿Quieres pelea? —preguntó el hombre con disfrute cortés. Tenía marcas increíbles en el rostro. Se diría que lo hubieran rescatado de un incendio en contra de su voluntad. Agodi retrocedió y miró pesaroso cómo la chica desaparecía entre la multitud.

—Si no quieres pelear, entonces debes disculparte pero ya.

Agodi se disculpó en nombre del Todopoderoso. Mientras jugaba con su *aghada* y con lentitud flexionaba los músculos, el hombre dijo que la disculpa la parecía insuficiente. Acrecentando el interés de la multitud, dijo que el dios que él adoraba sólo aceptaba como sacrificio carne de perro. Agodi tartamudeó. Muy deliberadamente, ya que algunas muchachas habían aparecido en los alrededores, el hombre pidió a Agodi que repitiera su disculpa. Agodi no escuchó lo que el hombre decía porque se había dado cuenta de que todos estaban escupiendo. Fue tomando conciencia del olor de un cuerpo en putrefacción. Sudoroso y confuso, Agodi se preguntó si el olor procedía de su antagonista. Entonces localizó al lado del camino el cuerpo hinchado de una vaca patas arriba. Moscas entusiastas formaban una zumbante nube negra encima del

cuerpo abotagado. Apenas se había recuperado Agodi de la sorpresa cuando el hombre le dio dos palmaditas en la cabeza. Enojado por la audacia de aquel hombre bajito, Agodi levantó los puños. Daba saltitos y provocaba al hombre, al mismo tiempo que lanzaba insinuaciones sobre el fuego del infierno y la agonía de los pecadores. El hombre descubrió su clave. Haciendo un ruido extraño, asió a Agodi en un abrazo curioso y lo lanzó al aire. Cuando Agodi aterrizó, lo hizo con una explosión de despachurramiento mientras dispersaba a las moscas y de inmediato lo cubrían chorros de líquidos malolientes. Más allá de esos sonidos violentos y las moscas jubilosas, vio cómo el mundo lo señalaba. Se levantó, utilizando el cuerno como apoyo. Cuando se hubo librado del estómago de la vaca, halló que su manta estaba irremediablemente empapada.

La ciudad lo siguió mientras con torpeza regresaba a casa. También lo seguía un contingente de moscas. Los niños le hacían burla. Mientras tanto, el hombre que lo había lanzado a la vergüenza se ocupaba en distribuir sus tarjetas de negocio. Sus gestos eran magnánimos y para todos tenía una sonrisa desconcertante. Sus tarjetas decían: **ENTRENADOR EN ACCIÓN. EX LUCHADOR PROFESIONAL. OFREZCO PROTECCIÓN DE SU PROPIEDAD, GASOLINERAS, EDIFICIOS Y CALLES. DISPONIBLE PARA TODO TIPO DE OPERACIONES. EXPERIENCIA EN TODO EL MUNDO.** Se llamaba Ajasco Atlas.

Al terminar de distribuir sus tarjetas saludó de mano a varias personas. Les dijo que recién había llegado de la India. Quedaron impresionadas. Las muchachas lo habían rodeado. Se lo vio irse con ellas.

*

Agodi se escondió en el baño. Pensó en cómo toda persona sin excepción había sido testigo de su vergüenza. Sin duda

que las noticias llegarían a la Iglesia de la Esperanza Eterna. Estaba por recibir un pequeño préstamo de la iglesia. Tenía con ellos, como fiel sirviente y cruzado, cinco años ya. El Ministro Principal había explicado cómo la iglesia también debería ser un banco que mantuviera a salvo a sus miembros. Los fondos estaban controlados por un estricto y cerrado círculo de ancianos. Hacían préstamos sólo en tiempos de absoluta necesidad y con base en conductas que glorificaran a la iglesia. Agodi pensó en esto mientras lavaba de su cuerpo los líquidos supurantes. Con el rabillo del ojo vio a un milpiés deslizarse por la podrida plancha de la pared. Vio a tres gusanos abriéndose camino por la mojada arena que se iba con el agua. Se limpió la nariz y su moco aterrizó en la espalda del milpiés. Se acusó severamente por no haber puesto la otra mejilla; al mismo tiempo, supo que no estaría vivo de haberlo hecho. Los caminos del mundo, pensó, eran perversamente injustos. Tras secarse subió las escaleras.

Agodi se ungió con aceite de coco. Luego encendió tres cirios y una barrita de incienso y rezó durante treinta minutos. El rezo consistió de una oración larga articulada sin pausas. Luchando contra los demonios del lenguaje, solicitó paz y prosperidad, rogó porque las noticias de su desgracia no llegaran a la iglesia, y pidió estragos para todos sus enemigos.

Cuando terminó con su oración se sintió suficientemente cargado. Sintió que ahora podía adueñarse del día. Estaba casi seguro de que la ciudad concedería lo que el fervor de su plegaria había sancionado. Le dolía todo el cuerpo. Se vistió. Llevaba un traje francés de tejido suelto, que le confería un cierto aire de dignidad sufriente.

Bajó a su tiendita, que estaba situada frente a la casa. Era un cobertizo de madera inclinado, con oxidado techo de zinc. Estaba pintado de azul y tenía un candado.

Vendía artículos de vestir: camisas, pantalones, zapatos y telas italianos, parasoles y pelucas. La mayoría de la mercancía había entrado de contrabando al país con la colaboración de los aduaneros del muelle. Su letrero decía: J.J. AGODI E HIJOS. CONTRATISTAS EN GENERAL. IMPORTACIONES Y EXPORTACIONES. PÍDANOS TALLAS. UNA PRUEBA LO CONVENCERÁ. Cuando Agodi hubo entrado, mediante una plegaria se adueñó otra vez del espíritu del cobertizo. Adentro estaba apretujado. El espacio disponible se había reducido a causa de sillas de madera y mercancías sin vender. Por el suelo estaban en desorden viejos periódicos que nunca había leído. No se enteró de la carta que le habían enviado. Intentó abrir la ventana, pero descubrió que se había atorado. Intentó forzarla, pero una astilla se introdujo en su carne. Con el puño golpeó la ventana, medio esperando que se desintegrara el marco de madera. Nada sucedió. Volvió a probar la ventana, que se abrió sin problemas.

Revisó las cuentas de la semana. Había conseguido muy poco dinero. Nadie mostraba gran interés en su mercancía. Las preguntas eran escasas y los compradores incluso más escasos. Confiaba en que la pequeña consigna que estaba en el muelle lo cambiaría todo. Estuvo jugando con sus cuentas como si, al aplicarles algún truco matemático, se diera una multiplicación. Se le mojaron los sobacos. Debía la renta del mes. Había en sus cálculos un hambre que lo hizo consciente de la ciudad existente fuera del cobertizo. Oyó el roer de una rata. Un abejorro le pasó cerca del rostro. Una lagartija corrió hasta llegar a la mitad de la pared. Agodi sorprendió a la lagartija con la vista y se asombró de que le devolviera la mirada. Buscó un objeto y se perdió en la multiplicidad de cosas que alguna utilidad tenían. La lagartija asintió. Subrepticamente Agodi se sacó un zapato, lo lanzó y falló por varios pies. La lagartija asintió. Agodi tomó un puñado de periódicos y antes de poder lanzarlos descubrió que la

lagartija había desaparecido. Sólo su cola se retorció en el piso.

Pensó en sus problemas de dinero. Miró su reloj. Se había detenido. Lo sacudió y volvió a funcionar. Le dio una hora. Se calzó el zapato. Era tiempo de salir a la ciudad.

Al levantarse vio la carta en el suelo. Estaba dirigida al dueño del cobertizo. La abrió y la carta decía: "A los dueños desta tienda. Esta noche llegamos a robarlo. Si se le antoja, llame a la policía. Cualquier hora nos conviene."

Agodi leyó la carta tres veces. Hizo tronar su cuello y torció la cabeza. Siempre se habían dado historias de gente que recibía cartas de este tipo. No recordaba a nadie que, a fin de cuentas, hubiera sido robado. Si los ladrones van a hacer una visita, pensó, no escriben una carta primero. Pero comenzó a rezar. Su voz, temblorosa, se volvió una queja. Una mirada a la cola de la lagartija lo hizo ver la ciudad allá afuera: vio gente yaciendo en las esquinas, rascándose; vio a jóvenes cuyo enojo crecía y que, más tarde o más temprano, se dedicaban al robo armado; vio a los ejecutados en la playa; y vio a los niños que se ponen un trozo de madera en la boca y mueren cuatro días después, envenenados por su propia hambre inocente. Todo le llegó como informes olas de mareo. Creyó haber presenciado una revelación. Una vez más pensó en Saúl. El problema real es que todavía no había comido. Osciló debido a un leve ataque de vértigo. Superó las formas reuniendo los poderes de los profetas, el Ministro Principal de su iglesia y Jesucristo.

En aquel momento pudo derrumbarse si alguien no hubiera abierto la puerta. Salvado por la perspectiva de un negocio y de inmediato resuelto a cobrar más de lo normal, Agodi quedó sorprendido de que el hombre recién llegado no tuviera pantalones y sus calzones estuvieran en muy malas condiciones. El hombre era muy delgado y su rostro angular. El cabello parecía que no hubiera crecido con la intención de

que lo peinaran. Se lo veía tan desgraciado que Agodi lanzó un grito. Enseguida se agachó por una llave de tuercas que estaba debajo de la mesa. El hombre lo miraba fijamente. Entonces Agodi amenazó con la llave de tuercas y el hombre se lanzó fuera del cobertizo. Agodi lo persiguió.

El hombre huyó a través de la calle. Corrió, agitando ciegame los brazos contra el calor y el ruido y el polvo. Cruzó a todo lo ancho la calle sin que lo golpeará un vehículo. Se detuvo. Perplejo, corrió de regreso. Se detuvo en medio de la calle y miró en las dos direcciones. Nada vio, excepto una anciana en bicicleta que se dirigía hacia él. Al ver que no había vehículos a lo largo de una de las calles más concurridas del mundo, rió. También se rió de Agodi, quien se había precipitado fuera del cobertizo, la llave de tuercas en la mano, gritando que sin ayuda de nadie había alejado a los ladrones de la ciudad.

El hombre allí en la calle exultó viéndose seguro. Se asombró. Se revolcó sobre la espalda. Autos y autobuses lo esquivaron. Los conductores lo insultaron. Los motociclistas no lo golpearon por una fracción de pulgada. Entonces se dio un embotellamiento de tránsito irresoluble. Quedaron bloqueadas calles y avenidas principales. Autos y camionetas quedaron defensa contra defensa. Todo aquel embotellamiento de tránsito pronto se pareció a un largo y obscuro milpiés metálico.

El Jefe de Estado era conducido a casa tras una mañana turbulenta en una conferencia sobre comercio, cuando sus escoltas se vieron atrapadas en el embotellamiento de tránsito. Los soldados y los policías móviles se precipitaban en todas direcciones. Pateaban el metal de los autos, daban puñetazos a los conductores de camionetas y golpeaban a las personas que parecían obstruir el tránsito de manera visible o invisible. El calor era un tónico y las escoltas oficiales parecían estar completamente en su elemento.

Pero el Jefe de Estado estaba furioso. Pensaba que el embotellamiento de tránsito era un modo en especial perverso con que la gente mostraba cuánto deseaba que dejara el puesto. Al observar la congestión que lo rodeaba, experimentó un pánico súbito. Telefonó a Inteligencia y exigió una disolución inmediata del embotellamiento, sin importar cuáles medios se emplearan. Al levantar la vista vio, bajo la apariencia de un gusano que se movía por la ventana polarizada, la sombra de su ejecutor. Mirando al gusano por el rabillo del ojo, garabateó notas para un nuevo decreto sobre la rápida reducción de los embotellamientos de tránsito.

De pronto sonó un disparo, que rajó el vidrio sin darle en la cabeza. Se tumbó hacia delante, soldado adiestrado si bien flácido. Escuchó otra descarga de disparos. Las había escuchado noche a noche los últimos cinco años. Afianzó las notas. Esperó. Nada oyó. Minutos después le decían que ya no había peligro. Los conspiradores habían sido muertos. Entonces el embotellamiento de tránsito fue cediendo y los vehículos comenzaron a moverse.

El Jefe de Estado decidió cambiar su país. Anotó una lista de decretos por examinar lo antes posible con el Consejo Militar Supremo. Anotó una lista muy larga y pronto se vio sin papel. Mientras el vehículo oficial adquiría su pleno movimiento, el Jefe de Estado miró sus apuntes. A la vez que escuchaba las sirenas ululantes, decidió que los decretos eran imprácticos y estaban diseñados sólo para crear mártires. Tenía que pensar en su propia seguridad, así como en la complicada seguridad de sus desfalcos. Sabía que habría más atentados contra su vida de filtrarse noticias sobre sus nuevos esfuerzos por limpiar los establos. Por primera vez se dio cuenta de que en realidad no gobernaba el país. No tenía ni idea de quién lo gobernaba. Por la ventana destrozada le llegaba un viento caliente y rompió las notas con más energía de la necesaria. Cuando su motorizado entró en las barracas,

cuando vio delante de sí el claro trecho de camino bordeado de árboles, decidió de inmediato que lo mejor era el regreso de los civiles. Que ellos cargaran la cruz del país. Él iría donde van los gusanos.

*

El hombre de la calle, que en definitiva había iniciado el embotellamiento de tránsito, intentó levantarse. Se moría de hambre. Se tambaleó y cayó. La gente se lanzó en su ayuda y lo recogió. Lo tiraron a un lado de la calle. Le preguntaron qué le pasaba y él dijo: sardinas y Fanta. Lo abandonaron de prisa.

El hombre de la calle yació allí todo el día. Observó cómo se levantaba el polvo. Observó cómo el aire se saturaba de humo y escuchó la música desesperada que se movía en la zona. Vio discusiones que desembocaban en peleas. Vio a los ricos y cómo creaban pobres. Vio a los ratones y cómo se alimentaban de los pobres. Lo divirtió. Escuchó a quienes tenían pies invisiblemente aplastados, quienes eran acechados todo el día y toda la noche. Escuchó a quienes acechaban. Eran legión. También escuchó a Agodi encender su Vespa y lo vio encaminarse a la ciudad. Cuando Agodi se hubo ido, el hombre en la calle encontró serenidad suficiente para dormir. Cabeceaba en sus sueños.

*

Según entraba Agodi en la ciudad, vio en las paradas de autobús gente que peleaba para subirse a los autobuses, y lo alegró haber conservado su Vespa. En el garaje de Iddo vio a dos mujeres luchando. Se tironearon de la ropa hasta que ambas quedaron casi desnudas. Agodi se estacionó. Pronto mucha gente se había reunido para ver la pelea escenificada. Tres soldados dieron la vuelta en círculo a la barricada situada al borde del camino. Un

hombre trepó al techo de un tráiler y lanzó un discurso muy largo, que pocos escucharon, sobre cómo la destrucción habría de caer sobre soldados, ladrones y prostitutas. Denunció al régimen. Dijo que el fuego se acercaba y, antes de que terminara, una de las mujeres fue lanzada al suelo. De pronto los soldados descubrieron que les habían robado su dinero y sus credenciales de identificación. Enloquecieron e hicieron resonar sus nuevos látigos sobre la multitud allí reunida. Agodi se regocijó de ser un hombre de Dios. Y siguió adelante.

Ser un hombre de Dios no lo ayudó en el muelle. Hubo de sentarse bajo un techo caliente y esperar por su contacto. Esperó hasta comenzar a sentirse mareado por el calor. Entonces salió en busca de un bocadillo y un refresco. Al regresar descubrió que su contacto había estado aguardándolo impacientemente. El contacto le dijo a Agodi sin más que su mercancía de contrabando había sido confiscada.

Dijo: “Amigo, el Inspector está muy enojado con lo ofrecido. Dice que es un mendrugo, una cagarruta.”

Agodi tartamudeó.

El contacto dijo: “Así están las cosas.”

Agodi sabía lo que tenía que hacer. Pero primero intentó una conversación. Habló al contacto sobre las maravillas de Dios, de cómo un hombre podía ser una cosa un día y exactamente la opuesta al siguiente. Agodi predicó hasta que el sudor le entró por la boca.

Al contacto no lo conmovieron ni quedó intimidado por las inversiones de Dios. Dijo: “Ahorra saliva, amigo. Dinero en la mano, mercancía en tierra.”

Agodi calculó que podía disponer de otras cincuenta nairas. Las ofreció. El contacto las consideró un insulto. Se fue alejando lentamente. Agodi tragó saliva.

El hombre dijo: “Quemarán tus cosas por nada. No hablas en serio. Si hablaras en serio, sabrías qué decir. Tienes el dinero, amigo.”

Agodi luchó por no llorar. Rogó. El hombre lo ignoró. Entonces Agodi intentó rebajarse al punto donde, de pura vergüenza y sentimientos humanos, el hombre simplemente cediera. Enumeró sus problemas.

Pero el rostro del contacto se mostraba de un impasible tan inconvencible, que podría estar hecho de piedra. Dijo: “Me haces perder el tiempo. No vine a escuchar tus problemas. Tengo mi propio *wahala*, ¿entiendes? Entonces una de dos, quieres recoger o no quieres recoger. ¿Cuál va a ser, eh? Dime, que se oiga.”

Agodi hizo promesas. El hombre bostezó. Agodi pidió un día de gracia. El contacto estuvo masticando la idea casi un día completo antes de, finalmente, consentir. Agodi subió a su Vespa, sintiendo que algo había salvado de una situación en verdad desesperada.

Necesitaba dinero. La iglesia estaba totalmente descartada. No sólo había descuidado su asistencia a ella, sino que además estaba el asunto de la vaca. Tampoco la esposa contaba. Ya le debía mucho dinero. Cada noche, según regresaba del mercado, parecía más quemada y castigada. Tenía los ojos permanentemente rojos a causa del polvo y la pimienta del mercado. Los huesos de la mejilla le sobresalían y el espíritu se le había endurecido. Definitivamente, quedaba fuera. Además, estaba pagando por los uniformes escolares de los niños.

Agodi condujo por la ciudad buscando maneras de obtener dinero para salvar su mercancía. Visitó amigos y parientes en sus oficinas y en sus casas. No se mostraron especialmente contentos de verlo. Le dieron comida, pero no tenían dinero que prestarle. Ya le debía a la mayoría suficiente. Cayó la noche y Agodi regresó a casa.

*

El hombre en la calle había visto transcurrir todo un día y nada había aprendido. Se había acomodado cerca de una atarjea.

Se cubrió con periódicos sin leer. Yacía como muerto, si bien de vez en cuando se sacudía a causa del delirio. Observó a Ajasco Atlas, que había pasado unas cuantas veces, pregonar sus hazañas en la India. Ajasco Atlas se había dedicado a intimidar a la gente para que aceptara sus tarjetas de negocios. A todos dijo que era un ex campeón mundial. Les dijo que también era negociante. Todo en uno. Dijo que había participado en la captura de dos ciudades durante la guerra y que había hecho negocios incluso con el Jefe de Estado. Todo el día estuvo advirtiendo a la gente que si la robaban era por culpa de ella. Consideraba haber hecho todo lo posible por ofrecerles protección barata. De hecho, Ajasco Atlas había abierto una pequeña oficina a lo largo de la calle y se lo vio hacer en público los ejercicios más sorprendentes.

El hombre en la calle también observó con celo especial el cobertizo de J.J. Agodi. Fue la única persona en ver que el camino se movía. Vio a los secuaces de Ajasco Atlas moverse. Luego vio que el cobertizo se movía suavemente. Lo vio elevarse muy alto como si levantado por una mano poderosa y errática. Entonces el cobertizo desapareció en la oscuridad de la calle.

*

Agodi condujo hasta el recinto y encerró meticulosamente la Vespa. Pensó en hacer algunos cálculos muy serios. Cien nairas. Los pájaros del aire se alimentan, pensó. Había llegado a la conclusión de que debería doblar sus precios. Buscó su cobertizo y no pudo encontrarlo. Los pájaros del naira. Vagó por el lugar y llegó hasta el patio. Seguía sin encontrar el cobertizo. La ceguera de Saúl. Llamó a la gente del recinto, llamó al ancho mundo para que vinieran a ver el tamaño de su sufrimiento. Las cien nairas de Saúl. El mundo vino y miró fijamente el espacio vacío moneda oficial de Nigeria donde

alguna vez estuvo el lapidado cobertizo. Nada vieron sino el cadáver de una lagartija. Miraron fijamente a la lagartija y miraron fijamente a Agodi. Se fueron yendo uno a uno.

Agodi pasó la noche entera observando el espacio donde estuviera el cobertizo. Aguardó por el acto de reposición. Insultó a la ciudad. Quedó ronco. Reunió a la esposa y los dos hijos. La esposa estaba agotada al grado del sonambulismo. Les pidió que rezaran por el regreso del cobertizo. Comenzó a llorar y la esposa lo recriminó severamente. Los niños lloraron y ella se les unió.

El hombre en la calle, que asentía en sueños, algo aprendió. Algo pequeño. Aprendió adónde van los gusanos.

Agodi pasó la noche entera mirando la lagartija muerta. Cuando rompió el amanecer, buscó un poco de agua bendita y derramó toda la botella sobre la lagartija. Nada sucedió. Agodi rezó y rezó. Sintió que el espíritu lo abandonaba. Entonces pidió gasolina y fuego.

*

Una semana más tarde Agodi reconstruyó su cobertizo. Carecía de su gloria anterior. No lo usó. Nadie quería alquilarlo tampoco. Su mercancía fue vendida en el muelle. Entonces una mañana la esposa tomó a los niños y huyó a su aldea.

De pronto Agodi desapareció. Nadie lo vio durante un mes. Cuando reapareció, se le vio vestir un manto púrpura y amarillo. Se había dejado crecer una barba rojiza y el cabello estaba lleno de trenzas diminutas. Anunció que en los bosques de la ciudad había logrado la ceguera y había visto a Dios. Declaró que ahora era un profeta verdadero. Dios y el dinero eran inseparables. Fundó una iglesia nueva e hizo imprimir tarjetas de presentación. Sus nuevos letreros surgieron a todo lo largo de la ocupada calle. En ocasiones se vio a Ajasco Atlas por los alrededores. Todo mundo tiene problemas.

Mientras las cosas mejoraban, Agodi se dio cuenta del hombre en la calle, que se había dedicado obsesivamente a vigilarlo. A veces Agodi estaba seguro de que el hombre le hacía gestos curiosos desde el otro lado de la calle. Y a veces Agodi recordaba la lagartija que había quemado una terrible mañana. Simplemente se había vuelto aire.